

estudio histórico, literario y teológico de aquellos personajes que se estiman de particular relieve o particularmente representativos de este periodo.

La obra está dividida en cinco capítulos. El primero está dedicado al nacimiento de la Historia de la Iglesia, y centra su atención en Eusebio de Cesarea, sus sucesores y las historias de los monjes. El segundo estudia Arrio, Atanasio y Dídimo el Ciego. El tercero está dedicado a los tres Grandes Capadocios. El cuarto a Cirilo de Jerusalén, Epifanio, el Crisóstomo, Nemesio de Emesa y Sinesio de Cirene. El quinto estudia a Eustacio, Apolinar, Diodoro, Teodoro de Mopsuestia, Nestorio, Cirilo de Alejandría y Teodoreto de Ciro.

El estudiante puede así conocer con notable profundidad la vida y el pensamiento de importantes personajes de esta época y, desde este conocimiento, comprender mejor la dimensión de las cuestiones tratadas y la misma historia de la Iglesia. Los personajes seleccionados son todos ellos importantes y significativos, y Young ha sabido realizar una difícil síntesis, imposible a quien no posea una amplia experiencia docente. Me refiero a ese necesario equilibrio entre los datos biográficos, la bibliografía aducida y la presentación del pensamiento de cada autor, sin agobiar al lector ni con datos carentes de relieve, ni con detalles accesorios, innecesarios para conocer el pensamiento del autor presentado en sus líneas esenciales. Se trata, pues, de una serie de ensayos que ofrece, en número suficiente, el perfil biográfico y teológico de personajes representativos de esta época.

La obra se mueve en lo que ha llegado a ser patrimonio común de los estudiosos de este periodo, apoyada siempre en actual y solvente bibliografía. Lógicamente, en algunos puntos en que Young avanza su punto de vista sobre algún personaje, podría haber divergencias de matiz. Así sucede, p. e., en la presentación hecha de Nestorio y Cirilo, en la que aparece un subrayado de los rasgos más atrayentes de Nestorio y más negativos en el caso de Cirilo. En cualquier caso, Young se mueve siempre con profundo respeto hacia los datos aportados por los documentos, con un magnífico conocimiento de la bibliografía más importante y reciente, y en un notable equilibrio. Puede decirse que los estudiantes encontrarán en esta obra un magnífico instrumento para comprender la historia del pensamiento en los vitales años que median entre Nicea y Calcedonia.

Lucas F. MATEO-SECO

Niceto BLÁZQUEZ, *Introducción a la filosofía de S. Agustín*, Madrid, Instituto Pontificio de Filosofía, 1984, 406 pp., 14 x 21.

El prof. Blázquez (Instituto Pontificio de Filosofía. Madrid) ha realizado con el presente libro una importante contribución al desarrollo sistemático del pensamiento filosófico, existente en la gigantesca

obra agustiniana. Compuesto según las pautas de un manual introductorio, tiene a la vez la ventaja de enfrentar al lector con abundantes textos de S. Agustín, debidamente comentados. Con la referencia constante a las fuentes se facilita el trabajo de crítica, complementación y perfeccionamiento. Esta obra es el resultado de agrupar en un solo volumen una serie de artículos monográficos, publicados a lo largo de más de una década.

El libro consta de siete capítulos. El primero (*San Agustín. El hombre y su entorno*, pp. 9-39) expone un resumen biográfico del Hiponense, su formación intelectual y una breve presentación de su obra filosófica. Nos ha agradado la síntesis que el prof. Blázquez realiza acerca de su producción literaria: «De acuerdo con este criterio (el de Henri-Irénée Marrou), durante el periodo antimaniqueo (387-400), S. Agustín se revela como filósofo de la esencia. En el periodo antidonatista (400-412) como doctor de la gracia cristiana, y durante el periodo antipelagiano (412-430) como teólogo de la historia» (p. 31).

El capítulo segundo (*San Agustín, intérprete de la filosofía griega*, pp. 41-85) presenta la visión agustiniana del pensamiento filosófico griego. La intención de San Agustín no fue escribir, ni siquiera en *De ciuitate Dei*, una historia de la filosofía, sino dialogar con aquellos filósofos que progresivamente se fueron acercando más al problema humano ineludible de Dios: Anaxágoras entre los presocráticos, Sócrates y, sobre todo, Platón y los neoplatónicos: «A juicio del Hiponense, una filosofía seria y digna de ser tenida como tal, cualquiera que sea su procedencia, debe aceptar implícita o explícitamente que existe un Dios único, creador del universo, luz de las cosas que deben conocerse y bien de las que deben practicarse. Ha de reconocer, además, que en Dios está el principio mismo de la naturaleza, de la verdad, de la ciencia y de la felicidad humana» (p. 63). Aunque el platonismo ofrezca, según Agustín, más posibilidades de diálogo con el cristianismo, el Hiponense rinde honores al talento de Aristóteles. La sustancia aristotélica es un concepto inadecuado para expresar lo que es Dios, pero no para expresar lo que son las criaturas. Por esta razón —concluye Blázquez—, Aristóteles ejerció sobre San Agustín una influencia negativa de tipo emocional, pero no en lo que se refiere a la explicación filosófica de los seres creados. Lo que siempre será falso es concebir a Dios materialísticamente, pero no la doctrina aristotélica de la sustancia. Además, en la exposición de la doctrina trinitaria, se sirve de los predicamentos sustancia y relación, no porque considere adecuados del todo estos conceptos para explicar el misterio trinitario, sino porque de algún modo —eminencial y analógicamente— pueden ayudar a forjarnos una idea de lo que propiamente quiere decir el texto bíblico al presentarnos un monoteísmo trinitario. Concluye el capítulo segundo considerando el juicio que Agustín emite acerca de los epicúreos, académicos, estoicos y cínicos.

El capítulo tercero (*Filosofía agustiniana fundamental*, pp. 87-130) acomete los dos aspectos más relevantes del pensamiento agusti-

niano, Dios y el alma humana. Después de exponer el proceso de conversión de S. Agustín, el prof. Blázquez se centra en el sentido que en Agustín adquieren los términos filosofía y sabiduría. «S. Agustín funde ambos saberes, el auténticamente humano y el divino en una síntesis bíblico-cristiana hasta el punto de identificar prácticamente filosofía con religión» (p. 102). También señala Blázquez la acogida de Agustín respecto a la filosofía pagana. «El idealismo platónico pierde así su significado original en el esquema mental agustiniano. El platónico es vaciado de su contenido propio para ser rellenado por contenidos metafísicos de corte bíblico-cristiano» (p. 111). A continuación, Blázquez hace un repaso de las reflexiones que Agustín realiza acerca de la existencia de Dios: la vía del alma, la vía del orden y admiración de la belleza cósmica, la existencia de ideas universales y necesarias en nuestra mente y, por último, la vía del consentimiento universal. Acertada síntesis la de Blázquez, aunque demasiado sucinta la exposición de la tercera vía —la existencia de verdades eternas—; bien hubiera merecido una exposición más amplia. Este capítulo concluye con el estudio del alma humana, su origen y naturaleza.

El capítulo cuarto (*Antropología metafísica*, pp. 131-208) se dedica a un amplio tratamiento de diversas cuestiones antropológicas: el fenómeno del conocimiento; libertad humana y el problema del mal; y, por último, aspectos jurídico-sociales de este tema, como son la penalización social como imperativo de la justicia y la evolución agustiniana en materia penal. Temas todos éstos muy variados, pero bien entrelazados por la pluma de Blázquez. Cabe resaltar, como subraya el investigador español, la actitud contraria de Agustín a la pena de muerte.

El capítulo quinto (*Antropología política*, pp. 209-263) continúa tratando cuestiones de filosofía política agustiniana, de indudable actualidad: formas de gobierno y minorías dirigentes; terrorismo y violencia social; el problema de la guerra; propiedad privada y expropiación, etc. Se cierra este capítulo con una interesante, pero breve, alusión a la teología agustiniana de la historia. «S. Agustín no fue político ni pretendió en ningún momento escribir expresamente de política... Las ideas políticas implicadas en la obra agustiniana presuponen la subordinación del trabajo político a la ética, que, a su vez, desborda los moldes clásicos grecorromanos» (p. 262). Sugerimos al prof. Blázquez que en una próxima edición de su trabajo dedique más espacio a la visión agustiniana de la historia, lo cual, además de clarificar la originalidad de un pensador cristiano con respecto a los clásicos, enmarcaría en las coordenadas teoréticas las cuestiones de filosofía práctica expuestas en las páginas precedentes.

El capítulo sexto (*Nociones de ontología*, pp. 265-339) vuelve a tratar algunos temas de metafísica: origen del mundo y teoría de las razones seminales; las nociones de *substantia*, *essentia*, *natura* y *persona*; sustancia y participación; noción de accidente y valor dialéctico de la relación; etc. Es interesante hacer hincapié con Blázquez acerca del lenguaje filosófico referido a Dios: «La sustancia propiamente

hablando es un *sub-stare* o sujeto sustentador de accidentes y estados de contingencia, todo lo cual es propio de los seres cósmicos. Esta es la idea de sustancia que S. Agustín recoge del ambiente y hace suya. Se explica entonces que el uso de este término para designar con propiedad a Dios sea un *abuso* del lenguaje, sobre todo cuando el término *esencia* conectado con el célebre texto del Exodo evitaría el inconveniente de confundir la absolutez, simplicidad y trascendencia del ser divino con los seres cósmicos. Por estas razones, Dios es más propiamente esencia. Esencia deriva de ser y Dios es precisamente el Ser» (p. 287). Se cierra el capítulo con consideraciones en torno a la materia y forma, así como a la materia informe; al género y a la especie; al tiempo y a la eternidad; y, por último, a la estética agustiniana.

El capítulo séptimo (*Antropología femenina*, pp. 341-394) acomete un tema hasta el presente poco estudiado y que esclarece la capacidad innovadora que el cristianismo ejerció sobre las estructuras culturales de la Antigüedad. No sólo analiza este último capítulo cuestiones de moral sexual, sino que presenta la igualdad hombre-mujer, tal como es defendida por el cristianismo en contra de las costumbres paganas.

Según se ha podido apreciar de nuestra escueta presentación, esta obra abarca variados aspectos del pensamiento agustiniano: desde cuestiones de metafísica hasta filosofía práctica. A partir de la experiencia básica de su encuentro personal con Dios, el Hiponense enjuicia la tradición filosófica grecorromana y plantea problemas fundamentales sobre el ser, el hombre y la vida humana en su doble versión masculina y femenina, a nivel individual y social. El tratado del profesor Blázquez constituye, pues, una excelente presentación de la filosofía de San Agustín y muestra acertadamente la vertiente humanística de aquel gran Padre de la Iglesia que sigue siendo hoy en día de gran actualidad.

Alberto VICIANO

André VILLEY, *Alexandre de Lycopolis. Contre la doctrine de Mani*, Paris, Editions du Cerf («Sources Gnostiques et Manichéennes», 2), 1985, 364 pp., 12,5 x 19,5.

A. Villey, profesor de Filosofía en la Universidad de Caen, señala en el prólogo del volumen el doble objetivo de su investigación: de una parte, presentar por vez primera a los lectores de habla francesa un «commentaire perpétuel» (p. 9) de un texto cuya extremada concisión se hace difícil para los distintos intérpretes; y la segunda finalidad propuesta es la de completar, con nuevas luces e informaciones, la edición inglesa, que realizaron P. W. van der Horst y J. Mansfeld, en 1974, de esta misma obra del escritor de la ciudad egipcia de Licópolis. Digamos ya al comienzo de estas líneas que el prof. Villey alcanza con creces ambas metas propuestas.